

Cuando la PALABRA quiere ser
PIEDRA

Felipe Restrepo David



Para Annabel

Palabra que anhela ser montaña, duna, glaciar; no para nombrarlos ni para atraparlos en una única imagen en el tiempo sino para mimetizarse en ese paisaje que persigue con ansias, ofrendándose entera: fundiéndose, de ser posible. Y desaparecer allí, también, como arena, como agua.

Esta poética de la escritura es la que sustenta *Al oído de la cordillera* de Ignacio Piedrahíta Arroyave (Medellín, 1973), singular relato de viaje que muy acertadamente logró unir un arte y una ciencia: la literatura y la geología, en una travesía que inicia en las montañas antioqueñas y que culmina en la Patagonia, y cuyo propósito no es otro que volver a trazar el camino de los Andes recogiendo antiguas huellas de la tierra.

Del autor ya se conocían un libro de relatos (*La caligrafía del basilisco*, 1999), donde arriesga sus primeros acercamientos a su narrativa geológica, y una novela (*Un mar*, 2006), que de alguna manera es el relato de otro viaje tras un mar que ya no existe. Pues bien, en esta tercera publicación consolida una propuesta coherente y muy singular, original si se quiere, dentro de la literatura colombiana, especialmente la de viajes.

Desde el siglo XIX, por no mencionar antecedentes que irían hasta los cronistas de Indias (como los relatos de Pedro Cieza de León por Urabá y el sur del país), siempre hubo un comprensible interés en los viajeros colombianos, sobre todo en aquellos que se asumían en el oficio de la escritura, por el conocimiento y descubrimiento de otras culturas; lo que, para entonces, aún era novedoso y curioso: Europa, por ejemplo. Tal fue la motivación de Ángel Cuervo con Londres o de Soledad Acosta de Samper con España; o, mucho más exótico, de Andrés Posada Arango con Jerusalén; o los casos regionales de Manuel Uribe Ángel y Manuel Ancízar y sus intereses geográficos y científicos por el país. Pero decir cultura, a la sazón, era decir humanidad y, para el caso de estos viajeros ilustrados, el humanismo tenía que ver con el arte, la historia

y la religión, y no tanto con las costumbres de los pueblos como tales, como sí sucedió en otras latitudes con José Martí y Domingo Faustino Sarmiento, en sus viajes a Estados Unidos y África, respectivamente, alimentados de concepciones críticas y en ocasiones bastante beligerantes ante la modernidad industrial que arrasaba valores y hombres, como si de basura se tratara.

Y los viajes, en el siglo XX colombiano, no fueron indiferentes a esa misma tendencia de ansias de conocimientos. Sino que la llevaron mucho más lejos en las visiones y los análisis de esa dicha cultura ilustrada, e hicieron de ella un relato que consideró y quiso mirar lo marginal y lo antes despreciado; todo ello atravesado por una escritura que no excluyó, en sí misma, la ficción y la narración que acercaba el viaje a la novela, a la crónica, al ensayo o a la autobiografía, y no ya al informe o al cuadro de relaciones de las diferencias y semejanzas.

De allí que las travesías de Germán Arciniegas al Medio Oriente, de Jorge Gaitán Durán a China, de Pedro Gómez Valderrama a Rusia, de Eduardo Caballero Calderón a España, de Manuel Zapata Olivella a Centroamérica, de Arturo Echeverri Mejía al Amazonas, entre muchísimas otras, contengan más la voz de cada uno de ellos que las de los otros.

Pero esto no quiere decir que tales relatos sean una excusa para hablar de ellos mismos, como quien camina alrededor de un árbol: que corre el riesgo de marearse y de reducir la perspectiva a la propia mano. Se trata, más bien, de que son sus ojos los que cuentan, su cuerpo el que siente, y desde allí catalizan toda emoción por medio de reflexiones que pretenden horadar lo nuevo hasta lo más profundo, pero sin olvidarse de ellos como integridad e individualidad, que es la de los artistas e intelectuales. Por eso el viaje es un constante diálogo de una soledad que camina al lado del mundo en un movimiento de lejanía y cercanía: la palabra que testimonia nace de esa conjunción entre el afuera y el adentro, entre lo que se recibe y lo que se da. Ofrenda y despojo.

Ahora bien, la cuestión no es si se cuenta desde afuera o desde adentro, sino la posición que se asume. En un sabio ensayo, “El viaje y su relato” (en *Las morales de la historia*), Todorov nos recuerda esa disyuntiva que por tantos siglos, desde la Antigüedad hasta el siglo XX, predominó en la literatura de viajes: preferir el alma antes que el cuerpo, o viceversa, semejando el conflicto entre la propia aldea y lo extranjero, lo que conocemos investigando nuestro entorno o lo que recordamos como ya sabido en otras vidas.

Dante, en el canto XXVI del *Infierno*, pone en boca de su Ulises la atávica necesidad por el movimiento impulsada por descubrir todos los parajes allende el mar, y que obligó al griego, después de haber regresado a Ítaca, a emprender nuevamente el viaje hacia las costas africanas con sus fieles marineros; un deseo jamás reprimido y por el que fue condenado: ver y tocar lo que es prohibido al hombre pero no a Dios. Algo parecido repetiría Montaigne mucho después, en su ensayo XXVI (Libro I), a propósito de la ignorancia de la que tanto abominaba como buen renacentista que fue: ese vasto mundo que está fuera, después de nuestra puerta, es el espejo en el que hemos de mirarnos para conocernos bien; por eso, un día él quiso iniciar su propia travesía rumbo a Italia, de la que regresó con un fascinante diario y “un mal de piedra” bastante empeorado.

Ese aprecio por el ancho y ajeno mundo fue contrastado a su vez con un interés mayor por las profundidades del espíritu. Por ejemplo, el vizconde de Chateaubriand sentenció, al final de sus *Memorias de ultratumba*, que el hombre no necesita viajar para crecer pues lleva en el alma su inmensidad. A esto habría que añadir su compleja relación con el Cristianismo y los cambios de sus posturas entre su viaje a América y Jerusalén. En el mismo sentido escuchamos aquel bellissimo verso de Rilke:

“el mundo es grande pero en nosotros es profundo como el mar”, y aquel fragmento de *Un bárbaro en Asia* de Michaux, donde hace que su Buda declare: “Manteneos en vuestra propia isla, sed vuestro refugio, no os preocupéis de los demás”; lo mismo pensaría el Siddhartha de Hesse, quien por cierto dedicó una magistral novela a esta ambivalencia entre el viaje interior y el exterior: *Narciso y Goldmundo*. En fin, son interminables los ejemplos, y cada lector cuenta con los propios; pues el viaje, como pocos temas, se acerca mucho a la vida, a nuestra vida de todos los días, esa que imaginamos o despreciamos.

Pero regresando a nuestro tema, habría que decir que gran parte de los mejores relatos de viaje de nuestro tiempo consiguieron, no solucionar y dar por terminada tan compleja situación, sino llegar a una especie de equilibrio entre la voz interior y los otros, pues difícilmente un relato podría realizarse a cabalidad sin los demás, sean éstos reales o ficticios. La soledad no es enclaustramiento en los propios abismos ni abandono en lejanías; es también condición de multiplicidad y presencia.

Y la literatura colombiana, al igual que la latinoamericana, la norteamericana y la europea, no fue ajena a estos cambios. Basta pensar en tres casos magistrales: *Viaje a Oxiana* de Robert Byron, cautivante viaje a Persia y

Afganistán a través de la arquitectura islámica; *El Danubio* de Claudio Magris, relato que no es más que una historia de la cultura europea a través de un río mítico, y *El viaje* de Sergio Pitol, sorprendente narración ensayística que cuenta y reflexiona sobre Praga y Rusia a través de la literatura y el arte.

De allí que gran parte de la crítica contemporánea y del pensamiento sobre la literatura de viajes, plantee como una posible definición de ese equilibrio la armonía (en forma y contenido) entre la autobiografía y la ciencia: exploración e investigación del mundo (en cualquiera de sus ámbitos e instancias) aunado a la sensibilidad del artista, del escritor, que se adentra en sí para interiorizar lo que descubre y hacerlo propio con una palabra que le pertenezca en su estilo único; dicho de otro modo: ciencia que pase y se filtre por el cuerpo.

Y de eso, justamente, está hecho el relato de Ignacio Piedrahíta Arroyave, *Al oído de la cordillera*. A esta tradición pertenece y es la que continúa admirablemente, haciendo de la geología el tema de su viaje, y encontrando en ella nuevos matices que nos la acercan como poesía de la tierra, del hielo y de las piedras.

Al oído de la cordillera narra un largo recorrido que pudo haber tomado meses, pues a la manera de los tradicionales viajeros, y quizá como debe hacerse realmente, vemos un

paisaje que es descrito por alguien que lo recorre con sus pies. Y la escritura tiene esa lentitud del gozo y la paciencia del que aprendió a recibir lo que la naturaleza revela a su manera.

Entre lo que más agradecemos los lectores, y lo que de por sí es ya uno de los inquestionables méritos de este relato, es que el viajero hace de la geología una historia que se nos cuenta por fragmentos, casi como logrando corresponder cada uno de los capítulos a un tema de esta ciencia. Y lo que también resulta fascinante es adentrarse en una ciencia que parece, por las palabras del narrador, una novela sobre la tierra, sólo que con personajes aún más enigmáticos y de una “sicología” que aún no conocemos a cabalidad: el volcán, la piedra, el cuarzo...

Pues, ¿qué significa ir tras las huellas que existen y que una vez fueron marcadas por otros viajeros miles de años atrás, sino otro relato? Es decir, en *Al oído de la cordillera* se vuelve a contar una misma historia de la que tenemos unos trozos en un presente: no presenciemos la formación de los Andes, pero tenemos ante nosotros ese peregrinaje de las montañas que, como bellamente dice el viajero, parecen una “cicatriz” de un imponente cambio que sucedió en un tiempo para nosotros inconcebible.

La geología, entonces, tiene mucho de ficción, de actitud novelística, por decirlo así.

Como ciencia, tiene certezas del pasado, a través de investigaciones y hallazgos, pero asimismo debe acudir a la imagen y a la palabra para reconstruir un pasado; por ejemplo, el nacimiento de un volcán, de un río o de un mar. Por eso se trata de un relato, en última instancia, como cuando la astronomía pretende narrar el universo o la química el interior de una molécula. Y no menos fantástica, aunque sin dejar de ser ciencia, se vuelve la geología cuando propone y predice cómo podría ser el mundo en unos cuantos millones de años: qué nuevos volcanes nacerán, qué mares desaparecerán. Fantástica por crear una imagen y una palabra para todo ello. Pero, al final de cuentas, no es la geología misma como oficio, ni la astronomía: son el sol, la tierra y el universo, y las aguas y los cielos, los que nos cuentan su propia historia; sólo que nosotros intentamos descifrarla, muchas veces, con nuestras pobres herramientas: científicas o poéticas.

Uno de los instantes más atrayentes del viaje es aquel cuando el viajero llega a la población de Hucachina, en Perú, y se encuentra con las dunas: esas montañas que caminan. “A pesar de su aparente quietud, recorren el desierto sin rumbo fijo empujadas por la brisa, mudando de lugar sus cimas y sus valles efímeros”, nos explica. Ellas son como “olas de arena que fluyen len-

tamente”. Y van tras el viento, o delante de él, y su destino es ése, justamente, el de la errancia. ¡Qué imagen más fiel del viaje son esas dunas!

Ellas habitan y protegen, pero también diseñan lo que algún día abandonarán en ese camino que jamás se detiene: un desierto. Ese otro mar de arena que “no es sinónimo de muerte, sino de vida sosegada, un lugar en el que todas las fuerzas naturales actúan finamente sobre el paisaje”, y cuya ondulación, casi místicamente, “invita a detenerse”.

Las dunas guardan los trazos del viento y previenen al desierto del olvido; el camino del aire, algo tan sutil, queda marcado sobre las colinas de arena. Incluso, las dunas pueden quedar enterradas por nuevas capas de arena, por otras dunas, hasta una profundidad en que la arena suelta se compacta y se convierte en roca sólida. Y, más tarde, esta roca puede salir a la superficie, mostrando la dirección de los vientos antiguos, los vientos de otras épocas. Algunas cosas quedan inscritas en la memoria como un soplo de fuego entre las líneas de la arena, grabadas para siempre en el espíritu del desierto.

Arena de dunas que arrastra la tierra o la aquieta, dunas que son empujadas por el viento, que asimismo viene en su propio movimiento, nacido de

mares y gravedades, de calores y frío: de transformaciones, siempre transformaciones. Así, la geología parece el relato de una travesía que constantemente cambia sus formas, quizá caprichosamente (tal como uno mismo pasa de una emoción a otra) o quizá con un plan trazado desde antes y que sólo ella misma sabe; incluso, un plan oculto a sus propios personajes, cuyas acciones, los unos sobre los otros, tampoco pueden predecir: una montaña desconoce si algún día será cubierta por un mar o si verá el fin de sus días.

Y así como nuestra esencia de vida es el calor, también lo es para la tierra. En eso somos uno y el mismo. Además de compartir los minerales, que también llevamos en el cuerpo. Es comprensible, además de ser un gesto de generoso reconocimiento, cuando el viajero habla de las voces de la tierra que le llegan y que siente con los oídos que lleva en la piel y en los pies, que la recorren palmo a palmo. Un calor que está presente, por otro lado, en el episodio de los glaciares, casi al final del viaje, en el sur de Argentina. Y como las dunas, o los volcanes, su movimiento no cesa, habitando montañas o polos, también queriendo diseñar, por ejemplo, esas formas puntiagudas y escabrosas que los retratan, y que no son más que réplicas de “esfuerzos internos”, de “presiones más íntimas”. Y completa el narrador después: “Los hielos van como en una

peregrinación. Cuando la tierra se enfría, ellos avanzan hacia el mar; cuando se calienta, suben a reposar en la cumbre de las montañas”.

Y es allí mismo donde la travesía culmina, no sin cierta nostalgia, tal como se había prometido en las ya lejanísimas montañas colombianas:

aparece un niño que se convierte en el interlocutor del viajero. La escena es sencilla pero cálida: apenas se conocen comienzan un diálogo que poco a poco se torna una reflexión y un compartir de curiosidades científicas entre preguntas y respuestas que, asimismo, van adquiriendo un claro matiz

Y ESA DELICADEZA DE LO QUE NO GOLPEA SINO QUE ACARICIA (COMO LA PIEL DE LOS NEVADOS) ES UNO DE LOS RASGOS QUE MÁS DISTINGUEN LA ESCRITURA DE AL OÍDO DE LA CORDILLERA.

en los últimos vestigios de los Andes: esas “montañas tienden a ser más bajas, como si se presentaran de rodillas ante el mar del sur, y las llanuras, cubiertas de selva en el trópico, llegan allí cual peregrinos humildes y expoliados en medio de la aridez patagónica”.

En el capítulo “Rocas blandas” hay un momento en que Piedrahíta Arroyave dice, algo inesperadamente, que su relato, “sin política y sin desgracia”, debería estar dirigido a los niños. Y lo sugiere justamente porque en uno de los recorridos, en la Argentina,

pedagógico. El breve encuentro termina en una fraternal despedida cuando Ignacio, como se llama el niño, se ha llevado una piedra, al escondido, de uno de esos parques donde casi todo lo prohíben.

El caso es que este episodio revela algunas fragilidades en la escritura de *Al oído de la cordillera*. Entre ellas, el humor. Si de algo carece dicho diálogo entre el viajero y el niño es justamente de risa y diversión, o de gracia, si se quiere, que es, por cierto, uno de los trazos fundamentales de toda literatura dirigida, conscientemente

o no, a niños y jóvenes; y basta pensar en autores canónicos del siglo xx, como Roald Dahl, Katherine Paterson, Michael Ende, Christine Nöstlinger o Lygia Bojunga Nunes, en los que hay mucho de viaje, de aventura, de adversidades, hasta de tragedia y de ciencia, a través de una escritura iluminada por ese tono cercano a lo ágil y lo leve (recordando a Calvino) que nada tiene que ver, tampoco, con la banalidad ni la superficialidad sino con el movimiento y la emoción, con la sorpresa y la tensión, con el juego y la imaginación. Y ahí, precisamente, falla el relato con el niño: en el tono. Por eso tal conversación, aunque no es ingenua (por el contrario, es a veces muy seria), parece más una discusión entre conocedores.

El mismo narrador reconoce que la visión de un niño está hecha de poesía y de una tremenda lógica capaz de desbaratar cualquier opinión por más adultamente justificada que esté. Sí, lo reconoce, pero opinando; no lo muestra en la narración: poco vemos al niño actuando y casi ni lo escuchamos. Sin embargo, ya era un reto de una altísima dificultad acercarnos a un tema científico como la geología, que comercialmente no es tan atrayente como los animales o los planetas. Sin tener en cuenta, además, que la narración desde su inicio ha propuesto un mismo ritmo que rara vez varía a lo largo de la travesía: la lenta soledad del viajero que

lleva sus pasos, o el recuerdo de esos pasos, a retratarse en una palabra que respira con el viento y que anhela la textura de la tierra, firme y dura. Por eso el tono prefigura una peregrinación que va tras la cordillera y con ella las piedras que son como la brújula.

Algo similar sucede con uno de los mejores momentos del viaje: aquel de las dunas. El viajero conoce a una muchacha que trabaja en la recepción de la posada a la que llega después de un largo camino. Luego de cruzar unas breves palabras, él se percata, como buen observador, de que ella tiene una rosa del desierto colgada al cuello (una de esas formas geológicas que el desierto ofrenda como talismanes a los errantes).

Horas después, como si fuese una cita concertada por los cuerpos al escondido de ellos mismos, se vuelven a ver, pero en el oasis del pueblo, donde todos gozan del baño en plena tarde; un oasis que es un milagro que humedece la piel de los viajeros, del desierto y de sus habitantes, con sus aguas oscuras y quietas pero palpitantes de vida. Y allí conversan un poco de aquello y de lo otro, pero no hay fuerza ni misterio en lo que se cuentan los dos: no hay en esas líneas un deseo sutil ni un calor de arena amarilla y seca. El caso es que llega la noche y ellos dos se encuentran, otra vez, en el mismo oasis, dentro de la laguna, ya solos. Sí, como en *Las mil y una noches*, o en

una imagen de Omar Khayyam o una escena de Naguib Mahfuz. Y aquí, entonces, agradecemos que el viajero que escribe, recordando cada matiz, salga a relucir con la intensidad de un poeta; ese que mucho antes había entregado su palabra al volcán, lo hace ahora en honor al cuerpo convertido en Eros, que brilla como oro en todo el libro:

Allí, sumergidos, nuestras bocas se encuentran una frente a otra. Es un beso largo aunque furtivo. Nos buscamos bajo el agua. Descifro cada uno de sus movimientos, de sus caminos. Ella parece sentir lo mismo. Arena que hierve, en medio del oasis, para luego quedar suspendida sobre el desierto. Todo es muy rápido. La fantasía de ella y la mía que se tocan. Es lanzarse de la mano a un abismo real con fondo, un fondo de agua que amortigua la caída. La orilla es infinita pero cercana, y cada uno debe alcanzarla.

Este es uno de los poquísimos instantes en que el paisaje se deja de lado para encarnarse en cuerpo, en deseo; y la intensidad que era antes de fuego en el volcán o de dureza en la piedra, ahora se vuelve suavidad de agua. Hasta la misma palabra, que antes iba caminando segura y constante tras la montaña, se desvía, y su tono ya gira a otro compás: se hace más corta, fragmentada, agitada por una respiración entrecortada; por eso acude,

sin temores, a la metáfora: resonancia de las repeticiones.

Y esa delicadeza de lo que no golpea sino que acaricia (como la piel de los nevados) es uno de los rasgos que más distinguen la escritura de *Al oído de la cordillera*. El tono es calmado, sereno, como quien pisa un campo sin querer despertar a la tierra de su sueño. La exaltación de esta escritura es puro susurro, volumen bajo, aunque no vacilante. Una palabra que nace de la naturaleza misma de este viaje. Dice el narrador, justamente, que su travesía está hecha de encuentros, de saltos y “discontinuidad”, de una vida que se segmenta como los trozos de las rocas que ruedan por las laderas y que caen de repente, hechos “torrente”, agitando “nuestro corazón”. Puro impulso de huida, de abandono, de querer lanzarse en la pura alegría del movimiento, que también se alimenta del temor a la quietud, a lo inamovible, al tiempo que desaparece ante nuestros ojos.

Este viajero confiesa con orgullo, como también lo profesaría en su momento Stevenson en su bellísima “Apología del ocio”, que se entrega al camino por miedo a la “cotidianidad”, “al trabajo común y corriente”. Si de algo está hecha esa emoción de la errancia, en cada uno de sus pasos, es del espíritu de la alegría, no en vano la escritura de Ignacio Piedrahíta Arroyave celebra la belleza de cada uno de sus callados descubrimientos y

pequeñas aventuras, pues aunque no se trate ya de magníficas conquistas de tierras extrañas o de maravillosos periplos alrededor del mundo, hay una sinceridad que es pura entrega al hallazgo: no para volver a señalar lo ya conocido sino para relatar lo sentido por una sensibilidad que ha fluido en el mismo río de la geología; pues se ha ejercitado en la intuición de saber escuchar a las piedras, al hielo, a las dunas, a la montaña, porque dentro de sí lleva algo de cada una de ellas: los minerales también habitan nuestro cuerpo. A ese mundo también obedecemos. Y cuando logramos oírlo, en su propia voz, él nos ofrece el relato de sus huellas.

Esa manera de encontrar una palabra que sea paisaje, sin traicionarlo ni disecarlo, me hizo recordar otra escritura que hace muchos siglos fue concebida, pero que aún vive porque permanecen intactas en ella, como florecidas en las entrelíneas, las imágenes que retrató: el último diario de viaje del gran poeta y monje zen del Japón del siglo xvii, Matsuo Bashō. Por eso, no encuentro mayor elogio que arriesgarme a afirmar que ese espíritu de alegría, de veneración y respeto, de entrega a la naturaleza y a la tierra, que habita de principio a fin el relato de Bashō, *Senda hacia tierras hondas*, es el que cercanamente acompaña con timidez los mejores momentos de *Al oído de la cordillera*,

como aquel encuentro con las dunas o los glaciares.

“El final de un viaje es siempre el principio de otro”, dice el narrador. Y no hay verdad más sentida que ésta: Camilo José Cela, en su memorable *Viaje a la Alcarria*, y hasta Jorge Luis Borges, en esas conmovedoras postales que conforman *Atlas*, no se guardaron la misma certeza diciendo también que la escritura de lo vivido y lo visto es la que conforma esa otra travesía. No es que se trate de una palabra que nazca en el después, pues ya ha cobrado vida en el camino mismo; por eso, antes que con las manos, es con los pies que escribe un viajero.

“... de regreso a casa”, son las últimas palabras. Es el que vuelve la mirada, imitando el gesto de Orfeo, cerciorándose de que lo que queda atrás existe como cuerpo y no como sombra, gracias a esa palabra que revive y que hará de la travesía una novela de la tierra y de la piedra. Una palabra que celebra el hallazgo definitivo: el viajero que se supo parte de la cordillera al descubrirla enteramente iluminada en su propia piel cuando vio al mar recibiendo a la montaña en un amplio y amoroso abrazo. ■

Felipe Restrepo David (Colombia) (Chigorodó, Antioquia, 1982) Ensayista e investigador teatral. Actualmente cursa una maestría en literatura en la Universidade de São Paulo, Brasil. Es autor de *Conversaciones desde el escritorio* (Ensayo, Fondo Editorial Universidad Eafit, 2008).